

## PRESENTACIÓN DEL LIBRO **TRENES DE CERCANÍAS** Y UN A MODO DE RÉQUIEM POR LAS VÍCTIMAS QUE EN AQUELLOS VAGONES VIAJABAN, TAL DÍA COMO HOY HACE UN AÑO

J. R. Saiz Viadero

Los protagonistas de hoy son, principalmente, las víctimas –muertas y vivas, los golpeados y sus familiares- del macro-atentado llevado a cabo el 11 de marzo de 2004.

Voces, de su parte, se han alzado para pedir que se les deje recordar en silencio y con mesura lo sucedido en Madrid aquel trágico día, desgraciado preámbulo para la primavera del pasado año.

Pero si bien es cierto que debemos respetar su voluntad hasta donde se pueda y que resulta muy difícil evitar, sobre todo, los zarpazos que la dialéctica política partidista y cotidiana lanza sobre esa misma voluntad y también sobre la personalidad y la memoria de los desaparecidos, no cabe la menor duda de que lo sucedido aquel 11 de marzo ha cobrado tal magnitud que sobrepasa el horizonte de los casi dos centenares de muertos, de los varios centenares de heridos, de los millares de familiares afectados, de los varios millones de vecinos de una capital sumida en el dolor (otra vez Madrid, capital del dolor, como ocurrió durante nuestra cruenta guerra civil), de los más de cuarenta millones de habitantes de una nación todavía perpleja ante las consecuencias del atentado y las circunstancias que lo rodearon, de los centenares de millones de seres humanos repartidos por la geografía de este planeta, a muchos de los cuales les alcanzó sentimentalmente una parte de la dinamita utilizada para la explosión o el polvo de las cenizas de sus seres, queridos entonces, admirados y añorados ahora.

Siete décadas después, Madrid conoce el daño inmisericorde de la moderna metralla sobre los cuerpos de víctimas inocentes, ajenas por completo a la toma de decisiones acerca de cuanto pueda ocurrir en otras partes de nuestro mundo más o menos civilizado. Porque los muertos, en este caso, no son ni de los unos ni de los otros, por utilizar el reduccionismo que suele emplearse en las campañas políticas, llevadas a su desideratum mediante la puesta en circulación de la espantosa maquinaria de la guerra considerada como una de las peores artes que el hombre ha podido concebir; o, también, por recurrir al tenebroso maniqueísmo formulado por aquellos que responden al castigo en cuerpos inocentes, con el inclemente castigo en otros cuerpos tan inocentes, por lo menos, como los de ellos mismos.

Los unos y los otros, y por redondear esta expresión popular con la feliz ocurrencia extraída de uno de los viejos versos del poeta Isaac Cuende, -allá en los tiempos de la guerra contra Vietnam-: “los unos y los otros, y los otros hunos”. Con h, estos últimos: hache de homicidio y de holocausto; h que no se pronuncia en el nombre de Atila, su rey natural.

Quería decir, también, después de esta ligera digresión, que las víctimas del 11-M lo son de todo un pueblo. De un pueblo que hace ya varias décadas se ha opuesto al uso de la violencia como método principal para resolver los conflictos de antaño y de hogaño, los que restan y lo que se puedan acumular. De un pueblo que ha sufrido mucho en su historia –tres guerras civiles en el siglo XIX y dos contra el invasor extranjero; guerras en el territorio africano, en las maniguas antillanas y filipinas; una guerra civil de tres años en el siglo XX y, como consecuencia, una larga dictadura de casi cuarenta años, cuyas consecuencias aún planean-.

Con tales antecedentes históricos, ¿cómo podría un pueblo, sin considerarse suicida, emplear la razón de la fuerza por encima de la fuerza de la razón? Nuestro pueblo se ha manifestado, masivamente, casi unánimemente, cuando ha considerado que la sinrazón y la intolerancia de unas minorías han querido suprimir el camino hacia la libertad, el diálogo y la convivencia que se iniciara el día en que quedó rubricada con el apoyo multitudinario el texto de la Constitución democrática española. Se ha manifestado con motivo del 23-F, con ocasión de muchos de los atentados de ETA y, también, a raíz del 11-M. Contra los unos y contra los otros, pero sobre todo, contra los otros hunos, los de la h.

Este trabajo que hoy nos presentan sus autores forma parte de una de las piedras con que debe construirse ese monumento, real o simbólico, que el pueblo español y las gentes de mentalidad abierta y tolerante de todo el mundo han de levantar en cada una de sus ciudades y, también, en lo más profundo de sus corazones, en memoria de quienes fueron inmolados por la barbarie y la sinrazón de los que piensan en la posibilidad de salvarse arrancando otras vidas humanas, para que les acompañen hasta la portería del paraíso ofrecido.

Ahora, este terrorismo ha adquirido una denominación de origen entre nosotros –se nos pide que precisemos: **terrorismo integrista o fundamentalista musulmán**. Porque no sería justo que involucremos en tales actitudes criminales a todos los islamistas; de la misma manera que, en nuestro mundo occidental, a muy pocos se les puede ocurrir hablar de terrorismo católico o cristiano, al referirse a determinadas formas de lucha del IRA irlandés, por poner un ejemplo fácilmente extrapolable.

Pero la ya larga experiencia del género humano en materia de procedimientos genocidas -más o menos encubiertos, más o menos descarados- debe hacernos reflexionar sobre las formas de terrorismo indiscriminado que pueden subyacer entre las doctrinas y los salmos de todas aquellas ideologías y religiones cuyo objetivo principal estriba en la defensa de los intereses de sus practicantes y oficiantes, so pretexto de defender su propio concepto de existencia, su sistema de vida, y, ¡oh, paradoja!, su paranoia de la libertad. Un terrorismo que trata de preservar de ellos mismos a millones de humanos de este planeta, salvándoles de su modo de ser, pero que en modo alguno se les ocurre salvarles de sus hambres y de sus penalidades. Les salvan de la vida, aunque sea aplicándoles la muerte, cuando lo humano, lo digno y lo solidario sería usar de una situación de predominio logrado para salvarles de la muerte y, de paso, ayudarles a gozar de la vida.

La Vieja Europa, como a veces se la denomina, en comparación con el territorio bautizado unilateralmente como Nuevo Mundo, tiene a su favor que ha conocido en sus carnes el trallazo reiterado de todos los jinetes que el clásico Apocalipsis haya lanzado al galope más frenético. La Vieja Europa podía obrar en consecuencia con la experiencia humana, aunque sabido es que el hombre es el único animal que tropieza, no dos, sino innumerables veces en la misma piedra, desoyendo las voces de los pensadores -entre ellos la de nuestro paisano don Marcelino Menéndez y Pelayo-, de la necesidad de conocer nuestro pasado para así poder aprender de los errores cometidos y no volver a repetirlos en el futuro.

España tiene un pasado consecuente con su situación geográfica de pasillo forzoso entre dos continentes. Ha vivido invasiones en el pasado y de aquellos invasores se ha nutrido la posterior población establecida, desarrollándose la teoría del conquistador conquistado. Hemos conocido durante siete siglos la presencia musulmana como después ellos han conocido, en parte hasta la fecha, nuestra presencia en algunos de los territorios africanos. Hemos luchado y hemos convivido, superando muchos de los antagonismos surgidos en algunos períodos de un lapso de tiempo tan extenso. No es la política la que nos separa, sino más bien determinadas categorías religiosas, elevadas a superestructuras por la fuerza inevitable de los correspondientes dogmas. De un lado y de otro.

Este trabajo que ahora presentamos con las firmas de Nieves Álvarez y Miguel Ángel García, es, sobre todo, un lamento por la desgracia sobrevenida inesperadamente en la capital de esta nación que es España. La desmesura de sus consecuencias, la sinrazón de lo que por el momento es conocido acerca de los comportamientos de sus autores, el alcance indiscriminado y hasta plurinacional de sus víctimas, la constatación de que cualquiera de nosotros podía haber sido un viajero sin retorno en aquel tren de cercanías que se dirigía a la estación de Atocha, le otorgan una carta de naturaleza capaz de superar los estúpidos reduccionismos de quienes piensan, o creen pensar, que el mundo acaba en los estrechos límites de sus idílicas comarcas, en los acomodaticios linderos de sus ríos naturales, en las murallas de sus inexpugnables montañas, en el atavismo de una lengua forjada en la incomunicación, en la endogamia enfermiza de sus tribus y en los rituales de sus plegarias y oraciones.

Este trabajo está repleto de imágenes literarias que nos remiten -confesado de forma paladina a modo de homenaje- a la obra de dos nombres míticos en nuestra literatura, como son Federico García Lorca y Rafael Alberti, representantes a su vez de aquella media España que murió víctima de la otra media -como diría don Antonio Machado- y, continuando con el mismo símil poético, de la España transterrada que con el corazón helado se vio forzada a salir al exilio. Pero también podemos encontrar otros rastros, conscientes o inconscientes, como serían los de Blas de Otero y hasta el de nuestro ya citado Isaac Cuende.

Y en cuanto a las imágenes, una multitud de sensaciones se nos agolpa en la memoria al contemplar las ilustraciones creadas para este libro. Dos de tales ilustraciones son casi de obligada referencia, porque pertenecen al imaginario artístico hispano y ya universal: Goya, con la denuncia de los fusilamientos del 3 de mayo de 1808 en La Moncloa, y Picasso, con el grito ensordecedor lanzado a través de un abigarrado aparato visual que representa otra denuncia de la barbarie, esta vez la ejercida con el bombardeo de la villa vasca de Guernica durante la guerra civil. Las más contemporáneas, las más propias de nuestro tiempo, pueden sustentarse, a mi modo de ver, en la escuela nacida con los carteles y murales pintados por Juan Genovés durante las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado, en los estertores del franquismo, pero también en las protestas colectivas organizadas posteriormente contra el terrorismo, en las manifestaciones a favor de la paz, en los graffiti pintados en nuestros muros de las lamentaciones, en las manos blancas extendidas como signo de paz, de inocencia y de tolerancia con el deseo de lograr una mejor convivencia entre todos. Hasta en los paraguas bajo una lluvia que no consigue desanimar a los manifestantes, y que recuerdan imágenes impagables del mejor cine de Eisenstein.

Ojalá este ejemplo de irracional desmesura nos sirva para poder reconducir la situación y no, como ha sucedido en otros sitios y en situaciones semejantes, para apertrecharse con las armas cargadas de razones dispuestas para disparar contra el uso de la razón, que es, sin duda, la más eficaz arma, tanto a corto como a largo plazo.

Amén.